

el muchacho la índole perezosa y callejera; se le pintó al vivo toda su peregrinación al través de gentes extrañas y de pueblos desconocidos; sin blanca y con lo puesto; los rigores de sus últimos amos, aquellos yanquis, que para darse á entender empleaban el puño duro y la patada repetida, sin que valiera el "yes," dicho oportunamente, con el aditamento de un "raister" ceremonioso para alcanzar clemencia; el hambre con todos sus rigores pasó su visión negra por algunas claridades del entendimiento del granuja; pensó en que por el dinero baila el perro y que con el dinero se tiene entrada por todas las puertas; cerró un tanto los ojos para apartar de sí tales pensamientos, para luego abrir primero uno, después el otro, y quedarse así con los dos encandilados y fijos; en seguida sacó una pierna de debajo de la manta, inclinó el cuerpo y miró para el fondo de la canoa: un punto rojo, como la lumbre de un tizón, se movía allá por la popa, fuera del toldo: era el "Negro," mozarrón que fumaba su tagarnina antes de entregarse al sueño; los demás tripulantes roncaban con estruendo; el pantalón del dueño de la canoa estaba colgado de un clavo, y al soplo del terral, que entraba por la boca de la toldilla, se hinchaba y zarandeaba como las piernas de un Judas en sábado de gloria; en el río se oían los ruidos nocturnos de las pequeñas embarcaciones que pasaban á lo largo; el aletazo de uno que otro pez que se zabullía en el agua; el zumbido de los insectos que revoloteaban en la orilla y el ríspido chirrear de los grillos que, entre los zacatales, esmaltados de luciérnagas volátiles, monodeaban en medio de aquella campestre soledad; el punto, rojo y encendido, dejó sus vislumbres; á poco, el "Negro" roncaba como un bendito; entonces, Manolo dejó la tabla que le servía de camarote, y pie ante pie, se fué al pantalón del amo, que se hinchaba al soplo del viento; anduvo la mano temblona del rapaz tanteando por entre los bolsillos: aquí el rollo del pañuelo de lacre; allá una caja de fósforos; en el otro, dos envoltorios con muestras de maíz, y en el fondo, perdiéndose entre muchas menudencias, la llave fría y pequeña; apoderóse de ella con cautela, saltó á la falca y se aventuró con prodigiosos equilibrios hasta el lugar donde estaba el baúl; dos ó tres veces se detuvo; el chirrió de los grillos le parecían silbidos; el estruendo del roncar de los tripulantes, voces de alarma; estuvo por desandar lo que había recorrido; pero se rehizo; temblando y conteniendo la respiración más de lo preciso, metió á tientas la llave en el ojo de la cerradura, blanda ya por la frecuencia con que diariamente se abría; dióle una vuelta y pasó el pestillo; levantó la tapa; revolvió algunas ropas; palpó el cuero sobado y húmedo de la cartera, que ya conocía, y la sacó de prisa; con las mismas precauciones cerró el baúl, para volverse á la falca y acomodarse otra vez en la tabla que le servía de lecho; arriba de la toldilla se escuchó una tosadura y en seguida un carraspeo; removiése el amo para cambiar de posición en las duras tablas de la improvisada cama; esto decidió al muchacho á tomar las de villadiego; saltó á tierra de un brinco, y en sintiendo los pies firmes sobre el suelo, cobró alientos, desechó el miedo y se marchó por toda la ribera, en tanto las estrellas brillaban en el firmamento y la luna, entre nubes nacaradas, asomaba su faz en menguante.

El puente estaba allí con su imponente tejido de duros fierros pintados de negro; logró la entrada y lo atravesó en un periquete; caminó, caminó, con el robo bien guardado en el seno de la camisa y entre la pretina del pantalón; ansiaba que amaneciera para ver el contenido de lo que con tanto sigilo ocultaba; á los primeros albores de la mañana se encontraba lejos; en un recodo del camino, bajo la sombra extendida de un copudo árbol, en el cual los pajarillos madrugones saludaban el día con melífluos trinos, abrió la cartera, toda bisunta por el largo uso; escudriñó en todos sus departamentos; con lo primero que dió fué con un fajo de billetes de banco que la hinchaban; él conocía de vista tales papeles; pero jamás había tenido uno en las manos; los sacó con mesura; unos estaban rotos y mugrientos; otros nuevos y enteros; aquí los que tenían el reverso verde; en seguida los azules, y, por último, los que eran pequeños y color de chocolate; así hizo un apartadijo para ordenarlos por pintas; en su ignorancia creía poseer el tesoro